

LA CRITICA DE MARCUSE A LA SOCIEDAD UNIDIMENSIONAL

D. Sabiote Navarro

Marcuse, fiel a su concepción del hombre, arremete críticamente contra un modelo de sociedad y pensamiento unidimensionales, correspondiente a las sociedades industrialmente más desarrolladas, que no deja ningún margen teórico-práctico para la liberación. El hombre de la sociedad tecnológica se siente impulsado a seguir unos intereses que no son los suyos, los intereses propiamente humanos, sino otros muy distintos acordes con las exigencias y requerimientos de una sociedad que, por su implacable control y manipulación, reviste todas las características del totalitarismo. Este fenómeno envuelve, más allá de las distancias socio-políticas, a Oriente y Occidente. La sociedad contemporánea utiliza todos los poderes (mentales, técnicos y científicos, etc.) como instrumentos orientados no a suprimir los desórdenes heredados del pasado histórico, sino a perpetuarlos y potenciarlos en proyección futura. Las lacras y alienaciones básicas, que la sociedad arraigó en su largo recorrido histórico, permanecen, si bien disimuladas por el confort, la participación "democrática" y el atontamiento que proporciona el sistema. En el culmen de una sociedad que desarrolló sus poderes hasta el límite de contener el potencial necesario para posibilitar el salto cualitativo de la libertad, esa misma sociedad utiliza todos sus poderes en mantener su opuesto: la dominación. La sociedad y el pensamiento se dan la mano en la defensa y permanencia de la opresión. En uno y otro caso, tanto la sociedad como el pensamiento están orientados a eliminar cualquier rasgo que se salga de sus dominios positivos. La sociedad como el pensamiento se unidimensionalizan.

LA UNIDIMENSIONALIDAD CAPITALISTA

La sociedad industrial avanzada, inspirada, estimulada y protegida por el capitalismo contiene dentro de sí el potencial necesario para posibilitar una existencia más justa y libre en la órbita de una nueva sociedad; más dicho potencial, con proyección "trascendente" ¹, se estrella con la irracionalidad de los intereses de la sociedad establecida. Aún más, ante la posibilidad de un cambio cualitativo, la sociedad industrial avanzada mantiene permanentemente, a todos los niveles, una dinámica operativa, más o menos velada, de movilización integradora total. De este modo, los instrumentos científicos, tecnológicos, políticos, etc., que podrían servir los nobles ideales de la liberación, se funden con el cuerpo gigante de los poderes constituidos, cuyo sustento está apoyado en la explotación del hombre por el hombre, máxima que responde a un plan más amplio o de "un proyecto histórico específico, esto es, la experimentación, transformación y organización de la naturaleza como el simple material de la dominación" (H. Marcuse 1968 a, p. 18). La sociedad capitalista avanzada asume, al mismo tiempo que disuelve dentro de su seno, todas aquellas realidades que poseen potencial capaz de minar las bases de dicha sociedad. Así, los poderes tecnológicos, políticos, sensitivos e intelectivos quedan recortados y limados de tal manera, que sólo terminan presentando una sola imagen: la imagen de los poderes constituidos. Veamos el contenido de estas afirmaciones desde una perspectiva más analítica.

Marcuse, como autor crítico presto al análisis de las necesidades y posibilidades históricas, halla en el aparato productivo de la sociedad industrial avanzada capitalista un potencial de grandes proporciones capaz de facilitar una vida alejada del reino oscuro de la necesidad y abrir un nuevo camino hacia el reino de la autonomía y la libertad personal. Pero desgraciadamente este potencial es utilizado, en realidad, con otros objetivos muy distintos: "el aparato impone sus requisitos económicos y políticos para expansión y defensa sobre el tiempo laborable y el tiempo libre, sobre la cultura intelectual y la cultura material. Gracias a la manera en que ha organizado su base tecnológica, la sociedad industrial contemporánea tiende a ser totalitaria. Porque "totalitaria" no es sólo una coordinación política terrorista de la sociedad, sino también una coordinación técnico-económica no-terrorista que opera a través de la manipulación de las necesidades por intereses creados" (H. Marcuse 1968 a, pp. 24-25). El aparato productivo de las sociedades más industrializadas queda configurado por el uso, en proporciones cada vez mayores, que hace de la tecnología. La organización básica de estas sociedades ha hecho de la máquina el instrumento más rentable y efectivo. De ahí que la sociedad industrial avanzada haya venido a ser sinónimo de sociedad tecnológica (H. Marcuse 1975 a, pp. 50-51).

(1) "Los términos "trascender" y "trascendencia" son usados en el sentido crítico y empírico: designan tendencias en la teoría y en la práctica que, en una sociedad, "disparan" el universo establecido del razonamiento y la acción hacia sus alternativas históricas (y sus posibilidades reales)". H. Marcuse: *El hombre unidimensional*. Joaquín Mortiz ed., México ³1968a, p. 13.

Los gobiernos de las sociedades industrializadas son conscientes de que su éxito o fracaso depende de su capacidad o aptitud para organizar, movilizar y explotar la productividad técnica de que dispone la civilización industrial. La productividad tecnológica es el motor de movilización de la sociedad entera. Por eso, la tecnología es utilizada no sólo como instrumento de poder material y espiritual, sino también como instrumento controlador de la población. La tecnología aplicada potencia y alcanza un alto nivel de productividad en el trabajo capaz de hacer posible el aumento del nivel de vida en las más diversas capas de la sociedad. La gratificación tecnológica es correspondida por la población con la integración en el sistema de dominio y con la indiferencia para buscar las fuerzas políticas y económicas que están detrás del aparato tecnológico. Pero más allá de las compensaciones materiales que ofrece la tecnología está la oculta manipulación. *"La racionalidad, así como la eficiencia del aparato tecnológico y el alto grado de productividad logrado por éste, llevan a una coordinación y manipulación totales, obtenidas, en gran parte, por métodos invisibles y placenteros. Estos métodos producen la pérdida de autonomía y libertad individual a pesar del grado aparentemente elevado de independencia que prevalece en la sociedad"* (H. Marcuse 1975 a, p. 51).

La sociedad tecnológica, si bien aumenta las necesidades de los individuos, no lo hace sino como medio de tenerlos supeditados. Por tanto, esas necesidades no pueden considerarse como verdaderas por ser heterónomas y no derivarse de los mismos individuos. En último término, las pseudonecesidades o mejor, las necesidades falsas, no responden a los intereses del individuo sino a intereses sociales particulares, que llevan el sello, por más que los medios de comunicación las presenten atractivas y se hayan convertido en algo propio de los individuos, de la represión. Son, como muy bien dice Marcuse, en unas cuantas palabras, *"necesidades que perpetúan el trabajo, la agresividad, la miseria y la injusticia... El predominio de las necesidades represivas es un hecho cumplido, aceptado por ignorancia y por derrotismo, pero es un hecho que debe ser eliminado en interés del individuo feliz, tanto como de todos aquellos cuya miseria es el precio de su satisfacción"* (H. Marcuse 1968 a, p. 27).

La sociedad tecnológica avanzada bloquea y ridiculiza todas aquellas necesidades que quedan fuera de las que ella ofrece y que apuntan a la realización humana. La sociedad industrial, aprovechándose de sus ilimitados poderes, libra gran batalla por mantener sus necesidades falsas. *"El rasgo distintivo de la sociedad industrial avanzada es la asfixia efectiva de aquellas necesidades que requieren ser liberadas — liberadas también de aquello que es tolerable y cómodo y que gratifica— mientras que sostiene y absuelve el poder destructivo y la función represiva de la sociedad opulenta. Aquí, los controles sociales exigen la abrumadora necesidad de producir y consumir el derroche; la necesidad de un trabajo entorpecedor cuando ha dejado de ser una verdadera necesidad; la necesidad de modos de descansar que alivian y prolongan esta estupefacción; la necesidad de mantener libertades engañosas tales como la libre competencia a precios administrados, una prensa libre que se hace su propia censura, una libertad de escoger entre marcas de fábricas y artefactos"* (H. Marcuse 1968 a, p. 29).

En el periodo contemporáneo, los controladores tecnológicos parecen la misma

encarnación de la razón a favor y en beneficio de todos los grupos e intereses sociales; y ello hasta tal punto que toda oposición parece imposible y toda contradicción irracional. Los controles sociales, o lo que es igual, las necesidades falsas son proyectadas de tal manera que parecen no dejar un mínimo de margen a la protesta y rebeldía individual. El rechazo o la negativa intelectual y emocional de "seguir la corriente" reviste caracteres de neurosis e impotencia. La idea clásica de libertad interior o vida privada ha sido absorbida por la realidad tecnológica. Los procesos introyectivos han sido tan perfectamente asimilados que parecen casi leyes mecánicas. La mímesis, la identificación completa de los individuos con su sociedad toma cada día más consistencia. *"La gente se reconoce a sí misma en sus comodidades; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina"* (H. Marcuse 1968 a, p. 31). La identificación y las formas mímicas, correspondientes a sociedades y pueblos primitivos en las primeras etapas de desarrollo de la humanidad, reaparecen en la alta civilización industrial. En estas circunstancias, añade Marcuse, hasta *"el concepto de alienación parece volverse dudoso cuando los individuos se identifican a sí mismos con la existencia que les es impuesta y en la cual encuentran su propio desarrollo y satisfacción. Esta identificación no es ilusión sino realidad. Sin embargo, la realidad constituye una etapa más progresiva de la alienación. Esta se ha vuelto enteramente objetiva; el sujeto alienado es devorado por su existencia objetiva; el sujeto alienado es devorado por su existencia alienada. Hay una sola dimensión que está en todas partes y en todas las formas. Los logros del progreso desafían cualquier condenación ideológica tanto como cualquier identificación; ante su tribunal, la "falsa conciencia" de su racionalidad se convierte en la verdadera conciencia"* (H. Marcuse 1968 a, p. 33).

Supuesta la utilización de que es objeto la tecnología en el universo de la sociedad capitalista más avanzada, esta tecnología no puede ser confinada al campo de nadie de la neutralidad como pretendía M. Weber (Cf. H. Marcuse 1977, pp. 138-140). La racionalidad tecnológica deviene y revela su carácter de racionalidad política en el sentido de quedar sometida, como un instrumento, al servicio de la dominación capitalista (H. Marcuse 1968 a, p. 40).

La unidimensionalidad capitalista cercena y anula totalmente el universo político (Cf. H. Marcuse 1968a, pp. 41-71; 1975a, pp. 52-53). Las más diversas modalidades políticas son obstruidas presentando dentro de dicha sociedad, en los asuntos más "relevantes", una marcada unificación o convergencia de opuestos. Mediante la amenaza del comunismo internacional y la dinámica propia del progreso técnico los antiguos conflictos de partidos, clases, etc. se detienen y paralizan. La movilización contra el enemigo exterior y la amenaza de una guerra nuclear obligan a la unión y cohesión internas, factores desconocidos en las etapas más tempranas de la civilización industrial. Las depresiones y conflictos son controlados por una amplia administración burocrática siempre dispuesta a limar cualquier aspereza mediante los benéficos efectos de la creciente productividad. Los intereses más contrapuestos encuentran un punto común de convergencia, como puede apreciarse en los programas y alianzas de sindicatos y empresas en los Estados Unidos, el abandono de los objetivos fundamentales de los partidos de oposición, como por ejemplo el progra-

ma de nacionalizaciones del partido laborista inglés, o la suavización y renuncia de los programas marxistas del partido socialdemócrata de la Alemania Occidental, etc.

Bajo la protección de la institución democrática el sistema capitalista se cobija. El poder parlamentario se orienta no tanto a cuestionar las bases de los intereses dominantes, cuanto a potenciarlos y a hacerlos más productivos. *"La democracia de masas desarrollada por el capitalismo monopolista ha configurado los derechos y libertades que otorga de acuerdo con su imagen y su interés peculiares; la mayoría del pueblo es la mayoría de sus amos; las desviaciones son fácilmente "contenidas", y el poder concentrado se permite tolerar (quizás incluso defender) el disenso radical siempre y cuando éste cumpla con las reglas y costumbres establecidas (y aún si se aleja un poco de ellas). La oposición es absorbida así por el mismo mundo al que se opone, y por los mismos mecanismos que permiten su desarrollo y organización"* (H. Marcuse 1969 a, pp. 68-69). En estas circunstancias, mientras permanezca la institución democrática, tal y como ha tomado cuerpo en las sociedades capitalistas avanzadas, la voluntad popular se equivoca según Marcuse (H. Marcuse 1969 a, p. 69). Y se equivoca porque potencia su propia alienación, impidiendo, por consiguiente, el salto a una sociedad con formas de vida más humanas. En verdad, si nos atenemos al contenido más puro del concepto "democracia", la democracia occidental es una farsa ya que *"el gobierno lo ejerce de hecho una red de grupos de presión y "máquinas", intereses investidos representados por las instituciones democráticas y que operan sobre y a través de ellas. Estos intereses no derivan del pueblo soberano. La representación lo es de una voluntad conformada por las minorías gobernantes"* (H. Marcuse 1969 a, p. 74).

Otro de los grandes rasgos de las sociedades capitalistas superdesarrolladas es la gran transformación que se ha producido en las clases trabajadoras bajo el impacto del proceso de producción ². Marcuse enumera los principales factores que han determinado esta transformación:

1) La mecanización reduce, cada vez más, considerablemente la cantidad e intensidad de energía física gastada en el trabajo. Marx concebía el proletario como el trabajador manual que despliega toda su energía física en el proceso del trabajo, incluso cuando trabajaba con máquinas. Las condiciones inhumanas en las que se desenvolvía transmitía los provocadores aspectos inhumanos de la explotación. La denun-

(2) Sin lugar a dudas, la transformación del proletariado en el seno de las sociedades industrializadas es uno de los temas más repetidos en la obra de Marcuse. Cf. *El hombre unidimensional*, pp. 15, 46-55; *La sociedad industrial contemporánea*, pp. 57, 64, 78-79; *Un ensayo sobre la liberación*, pp. 24, 58-59; *Contrarrevolución y revuelta*, pp. 16, 106; *Calas en nuestro tiempo*, pp. 29-31; *La sociedad carnívora*, pp. 104-105; *Discusión con los marxistas*, pp. 12-13, 23; *Reexamen del concepto de revolución*, en *Marcuse ante sus críticos*, pp. 32-36, 44, 58. La crítica ante la interpretación de Marcuse sobre este tema ha reaccionado en los más diversos sentidos. Cf. J.M. Palmier, pp. 176-179, 195; P.V. Zima, pp. 138-39; A. Vergez, pp. 53-54; F. Perroux, pp. 17-35; P. Masset, pp. 88-89; P. Walton y Gamble, pp. 125-133; G.E. Rusconi, pp. 345-346; J. Habermas y otros, pp. 130-154; T. Perlini, pp. 221-247.

cia marxista recoge las dos dimensiones de esta situación enajenada: el dolor físico y la miseria del trabajo. En el capitalismo avanzado, con la mecanización del trabajo, se modifica la actitud y el nivel de los explotados al mismo tiempo que se sostiene la explotación. La automatización exige la trasmutación de energía física en habilidad técnica y mental. El proletariado de las primeras etapas del capitalismo aportaba, con el trabajo de su cuerpo, las contribuciones básicas de la vida, mientras él quedaba condenado a la suciedad y a la pobreza. En estas circunstancias aparecía como *"la negación viviente de su sociedad"* (H. Marcuse 1968 a, p. 48). El trabajador organizado de la sociedad tecnológica vive esta negación menos intensamente al ser *"incorporado a la comunidad tecnológica de la población administrada"* (H. Marcuse 1968 a, p. 48).

2) La tendencia integradora se manifiesta claramente en la estratificación ocupacional. En los establecimientos industriales claves, el número de trabajadores separados de la producción aumenta para ser sustituido por empleados. *"En el grado en el que la máquina llega a ser en sí misma un sistema de instrumentos y relaciones mecánicas y así se extiende mucho más allá del proceso individual de trabajo, afirma su gran dominio, reduciendo la "autonomía profesional" del trabajador e integrándolo con otras profesiones que sufren y dirigen el aparato técnico. Sin duda, la antigua autonomía "profesional" del trabajador era más bien su esclavitud profesional. Pero esta forma específica de esclavitud era al mismo tiempo la fuente de su específico poder profesional de negación: el poder de detener un proceso que amenazaba con aniquilarlo como ser humano. Ahora el trabajador está perdiendo su autonomía profesional, lo que lo hace miembro de una clase separada de los demás grupos ocupacionales porque encierra la refutación de la sociedad establecida"* (H. Marcuse 1968 a, pp. 50-51).

3) Los cambios profundos en el trabajo y los instrumentos de producción modifican considerablemente la actitud y la conciencia del trabajador como puede observarse en su integración social y cultural dentro de la sociedad capitalista. La asimilación del trabajador en las necesidades y aspiraciones en el nivel de vida, en la política y en las más diversas formas de diversión deriva del proceso material de producción. La organización tecnológica establece y genera una comunidad mecánica de interdependencia en el trabajo que integra al trabajador con la instalación. En los establecimientos más avanzados técnicamente puede apreciarse, al ser incluida la participación de los trabajadores en la empresa, un claro interés por la buena marcha del negocio.

4) La dominación aparece oculta bajo el velo de la administración, ocasionando en la clase trabajadora el debilitamiento de su posición negativa. La alternativa revolucionaria del siglo XIX y principios del XX parece haber desaparecido. Al mismo tiempo, los jefes y propietarios capitalistas pierden su clásica entidad de explotadores al ser sustituidos por un cuerpo bien protegido de burócratas sobre los que recae la dirección de las empresas. *"Dentro de la vasta jerarquía de juntas ejecutivas y administrativas que se extienden mucho más allá de la posición individual hasta el laboratorio científico del instituto de investigaciones, el gobierno nacional y el propó-*

sito nacional, la fuente tangible de explotación desaparece detrás de la fachada de racionalidad objetiva. El odio y la frustración son despojados de su propósito específico, y los velos tecnológicos ocultan la reproducción de la ausencia de igualdad y la esclavitud. Con el progreso técnico como su instrumento, la falta de libertad —en el sentido de la sujeción del hombre a su aparato productivo— se perpetúa e intensifica bajo la forma de muchas libertades y comodidades (H. Marcuse 1968 a, p. 54).

Estas modificaciones y cambios profundos en el proceso tecnológico capitalista ha traído, como consecuencia, el aminoramiento del fermento revolucionario de la clase obrera y la integración progresiva en el aparato productivo y sus beneficios. La constatación de este fenómeno supone un trastocamiento de la teoría de Marx, según la cual el proletariado sería el agente histórico de la revolución dentro de las sociedades capitalistas en la transición al socialismo. En el momento presente, dentro de las sociedades capitalistas más desarrolladas, *“es evidente —anota Marcuse— que en la mayor parte de la clase trabajadora predomina una conciencia no revolucionaria —más bien: antirevolucionaria”* (H. Marcuse 1973, p. 16). Mas esta observación no rompe la teoría marxista, sin embargo tendrá que reformularse en un sentido más amplio. Es decir, la dinámica transformadora de la lucha de clases habrá que proyectarla *“a nivel internacional, a la lucha de los pueblos que “tienen” y de los que “no tienen”* (H. Marcuse 1975 a, p. 80). Según lo dicho, el potencial revolucionario de la clase obrera está en relación proporcional al desarrollo tecnológico. Con lo que concluimos, con Marcuse, *“que la forma histórica en la cual existe actualmente la clase potencialmente revolucionaria ya no es el proletariado industrial sino el proletariado rural de los países atrasados”* (H. Marcuse, 1975 a, p. 80).

La unidimensionalidad capitalista no solo invalida todo tipo de oposición en el campo de la política y la vida social, sino que penetra incluso en el ámbito de la cultura paliando e integrando en su seno cualquier signo de oposición “trascendente”. Los grandes logros de la “alta cultura” en el campo del arte, la religión, la política y la filosofía quedan encorsetados y petrificados por la constante presión de una sociedad que los reproduce masivamente, eliminando de los mismos cualquier signo de aspereza que no encaje con el orden establecido.

Una de las características más esenciales de la alta cultura era el estar en contradicción con la realidad social. En la sociedad unidimensional se rompe este antagonismo y es sustituido por la conciliación de opuestos: cultura y sociedad. Con frecuencia, los grandes valores morales, estéticos y filosóficos se ven envueltos en un maridaje difícil de separar y discernir, con intereses de la más diversa índole. *“Si la comunicación en masa reúne armoniosamente y a menudo inadvertidamente el arte, la política, la religión y la filosofía con los anuncios comerciales, al hacerlo conduce estos aspectos de la cultura a su común denominador: la forma del interés. La música del espíritu es también la música del comercio. Cuentan los valores de cambio, no los valores de la verdad... Conforme las grandes palabras de libertad y realización son pronunciadas por los líderes de las campañas y los políticos, en las pantallas de televisión, las radios y los escenarios, se convierten en sonidos sin sentido que obtienen sentido sólo dentro del contexto de la propaganda y los negocios, la discipli-*

na y el descanso. Esta asimilación de lo ideal con la realidad comprueba hasta qué grado ha sido sobrepasado el ideal. Ha sido llevado hacia abajo desde el sublimado campo del alma o del espíritu o el hombre interior hasta los problemas y términos operacionales" (H. Marcuse 1968 a, pp. 78-79). Esta sincronización de elementos era impensable en la alta cultura. El orden del arte, la creación artística de los siglos XVII, XVIII y XIX, se caracteriza por la distancia que establece con el *statu quo*. La dimensión del mundo configurado por el arte se diferencia nítidamente del mundo social configurante. Son dos mundos irreconciliablemente antagónicos. La representación artística y literaria refuta el orden de los negocios atacándolo y negándolo. Desde esta perspectiva el "universo" de la alta cultura aparecía como una realidad "trascendente" del orden social. Aún más, la nueva dimensión del mundo del arte no era representada por caracteres estables ni por los grandes héroes religiosos y morales que, según Marcuse, sostienen con frecuencia el orden establecido, sino más bien por caracteres perturbadores como el artista, la prostituta, la adúltera, el criminal, el proscrito, el aventurero, el loco, el poeta rebelde, el demonio, etc., en definitiva, por todos aquellos que no tenían una vida común y no recibían el reconocimiento de la sociedad. Hemos de reconocer que esos personajes no han desaparecido en la literatura de la sociedad avanzada, pero sobreviven transformados esencialmente. La función que representan el héroe nacional, el beatnik, la esposa neurótica, el magnate industrial, etc., es muy diferente a la de sus predecesores culturales. Los personajes de la cultura de masas no son imágenes de otra forma de vida que sobrepase y cuestione el sistema sino la afirmación del mismo.

Sin duda alguna, el mundo trascendente que subyace en la alta cultura ha sido sobrepasado por la sociedad unidimensional, pero con esta desaparición muere "un mundo en el que el hombre y la naturaleza todavía no estaban organizados como cosas e instrumentos. Con su código de formas y costumbres, con el estilo y el vocabulario de su literatura y su filosofía esta cultura pasada expresaba el ritmo y el contenido de un universo en el que los valles y bosques, las villas y posadas, los nobles y villanos, los salones y las cortes eran parte de la realidad experimentada. En el verso y la prosa de esta cultura pretecnológica está el ritmo de aquellos que peregrinan o pasean en carruajes, que tienen el tiempo y el placer de pensar, de contemplar, de sentir y narrar" (H. Marcuse 1968 a, p. 80).

La civilización industrial avanzada mina, al mismo tiempo, las formas y la base de la enajenación artística. Es decir, las presiones uniformes de la sociedad tienden a bloquear y extirpar no sólo los estilos más molestos, sino también, y ésto es más grave, la misma sustancia del arte. Para Marcuse, la enajenación³ es una característica tanto del arte positivo como del negativo. Ahora bien, el "contexto de inspiración" de la obra de arte dentro de una cultura bidimensional es muy distinto a la de

(3) "En contraste con el concepto marxista, que denota la relación del hombre consigo mismo y su trabajo en la sociedad capitalista, la enajenación artística es la trascendencia consciente de la existencia enajenada: un "nivel más alto" o una enajenación mediatizada". H. Marcuse: *El hombre unidimensional*. Joaquín Mortiz ed., México³ 1968a, p. 81.

una sólo dimensión. La distinción decisiva no es psicológica, en el sentido de estar creado bajo la influencia del placer o del dolor, la salud mental y la neurosis, sino la que diferencia y no confunde la realidad artística con la realidad social. Es una cualidad esencial del arte, incluso el del más positivo, la ruptura con la realidad social. Las catedrales medievales por más cercanas y familiares que estuvieran del pueblo éstas aparecían como un gran contraste con la vida del esclavo, del campesino y el artesano. *"Ritualizado o no, el arte contiene la racionalidad de la negación. En sus posiciones más avanzadas es el Gran Rechazo: la protesta contra aquello que es; las formas en las que el hombre y las cosas se hacen aparecer, se hacen cantar y sonar y hablar, son formas de refutar rompiendo y recreando su existencia de hecho. Separadas de la esfera del trabajo donde la sociedad se reproduce a sí misma y a su miseria, el mundo del arte que crean permanece, con toda verdad, como un privilegio y una ilusión"* (H. Marcuse 1968 a, p. 84).

En la sociedad tecnológica avanzada puede apreciarse como la ruptura y la brecha abierta entre el ámbito de la realidad y el ámbito de la creatividad están progresivamente cerrándose. Pero al acortar las distancias ambivalentes, la "otra dimensión" y su mensaje son absorbidos por el peso de la cotidianidad y el estado de cosas prevalentes. De este modo las obras del universo artístico, en otro tiempo autónomas, son incorporadas e integradas dentro de la sociedad hasta formar parte de la productividad comercial aptas para el consumo.

Con frecuencia, los políticos y los críticos neoconservadores, también algunos críticos de izquierdas, se ufanan de la gran conquista que supone poner, al servicio de toda la población, los grandes clásicos de la música, la literatura y la filosofía, tal es el caso de Bach, Platón, Hegel, Baudelaire, Marx, Freud, etc. Los clásicos abandonan el mausoleo para formar parte de la vida cotidiana. Esto no es una gran conquista para Marcuse ya que al volver *"a la vida como clásicos, vuelven a la vida distintos a sí mismos; han sido privados de su fuerza antagonista, de la separación que era la dimensión misma de su verdad. Así, la intención y la función de esas obras ha sido fundamentalmente cambiada. Si una vez se levantaron en contradicción con el statu quo, esta contradicción es anulada ahora"* (H. Marcuse 1968 a, p. 85).

La enajenación artística es constitutivamente sublimación por crear unas imágenes que sobrepasan el principio de la realidad establecida. La creación del nuevo universo artístico puede llegar a convertirse en interpelación de la realidad social. El arte siempre resulta molesto para los poderes establecidos por proyectarse dentro de un ámbito que abre el camino a la liberación. Mas, con la incorporación del arte a la cocina, la oficina, la tienda, el estadio, etc., como un producto más capaz de ofrecer satisfacciones, su mensaje es destrozado e invalidado. Se produce lo que Marcuse ha venido en denominar *"la desublimación represiva"* (H. Marcuse 1968 b, pp. 9-11; 1968 a, p. 93). Es decir, el sistema seguro de su poder e invulnerabilidad da acceso a más espacios de "libertad" al mismo tiempo que mantiene la dominación y potencia la cohesión social. Desde esta perspectiva, el arte se convierte en un instrumento de dominación y en un puntal firme de consolidación de la sociedad unidimensional.

Otro de los grandes ámbitos manipulados por la sociedad capitalista industria-

lizada es el que se refiere al lenguaje. Una amplia cadena de agentes publicitarios configura el mundo de la comunicación estimulando la conducta humana en una sólo dimensión: la dimensión de los poderes constituidos. Es un lenguaje marcado en orden a conseguir la identificación, la unificación, la acción positiva y la eliminación contra toda noción trascendente que discrepe con el "orden" social. El lenguaje y el alma del mismo, el discurso, son separados de su objetivo clarificador para ser hundidos en un mar de contradicciones. Ello permite establecer contradicciones irreconciliables como las que se pueden apreciar en distintos slogans que manejan los medios políticos y publicitarios: "bomba atómica limpia", "los efectos inofensivos de la irradiación", "refugio de lujo contra la irradiación" (H. Marcuse 1968 a, pp. 109-110). Las oposiciones conceptuales quedan armónicamente reconciliadas. *"En los puntos claves del mundo del lenguaje público, las proposiciones con valor propio, analíticas, funcionan como fórmulas mágico rituales. Machacadas y remachacadas en la mente del receptor, producen el efecto de cerrarse en el círculo de las condiciones prescritas por la fórmula"* (H. Marcuse 1968a, pp. 107-108).

El lenguaje se disuelve, cada día más, en otro sentido: las abreviaturas. Los cuerpos más relevantes del sistema son encubiertos por la contracción de las siglas: OTAN, SEATO, ONU, AFL-CIO, AEC, etc. Las abreviaturas no dejan ningún resquicio abierto que vaya más allá de lo institucionalizado y ello hasta tal punto que la connotación trascendente queda totalmente eliminada. El sentido queda fijado, definido y herméticamente cerrado. *"Este estilo —anota Marcuse— tiene una abrumadora concreción. La "cosa identificada con su función" es más real que la cosa separada de su función, y la expresión lingüística de esta identificación (en el sustantivo funcional, y en las diferentes formas de contracción sintácticas) crea un vocabulario y una sintaxis básica que impide el paso a la diferenciación, la separación y la distinción"* (H. Marcuse 1968 a, p. 109).

Este tipo de lenguaje encarna los rasgos del autoritarismo, debido al universo cerrado que establece. El lenguaje unidimensional se constituye en elemento instrumental en un doble sentido. En un primer sentido, al estar al servicio de unos objetivos bien precisos que se identifica con los intereses del poder establecido, y en un segundo sentido al llegar a ser en sí mismo un instrumento de control al ser suplantado el concepto por la imagen y quedar reducido a un valor meramente operativo.

En último término, la instrumentalización del lenguaje, como la instrumentalización de la ciencia, la técnica, la política, la cultura, etc., responden a un mismo programa que se desprende de la orientación totalitaria adoptada por la sociedad capitalista como última tentativa para mantener sus estructuras injustas. La unidimensionalidad totalitaria del sistema toma la forma de la deshumanización como puede detectarse *"en el alistamiento diario para la aniquilación, en el equipamiento para la existencia subterránea, en la planificación cada vez más inteligente del derroche, en la ineludible insustancialidad de los medios, en la abolición de la intimidad, y, —quizás este sea la negación más efectiva— en la impotente conciencia de esta situación, en la confirmación y crítica públicas, que son inermes y contribuyen al poder del conjunto, cuando no son aplastadas y silenciadas por la fuerza"* (H. Marcuse 1971, p. 134; 1975a, p. 68). Lo más original de esta sociedad totalitaria es que no necesi-

ta de los instrumentos abiertamente terroristas al estilo de los regímenes totalitarios del pasado para mantener sujeta a la población, más no por ello los resultados son menos efectivos. El hombre unidimensional hace suyos los controles coercitivos bajo la máscara del confort, la abundancia, el derroche y el pluralismo democrático (H. Marcuse 1975 b, pp. 46-47).

LA UNIDIMENSIONALIDAD "SOCIALISTA"

La investigación, llevada a cabo por H. Marcuse sobre la sociedad "socialista", más concretamente, sobre el pretendido socialismo defendido por la Unión Soviética, está investida de las mismas categorías críticas y conceptuales utilizadas en el análisis de la sociedad capitalista superdesarrollada. Es decir, el armazón metodológico marcuseano rehuye el instrumental de análisis empirista cerrado para adoptar un punto de mira estrictamente dialéctico (Cf. T. Perlini 1976, p. 186). La metodología dialéctica elaborada por Marx contiene, como ha mostrado Marcuse, un gran potencial crítico ya no sólo para penetrar los desequilibrios de la sociedad capitalista, sino también para dilucidar las contradicciones de aquellos sistemas que buscaron cobijo dentro de la filosofía marxista. Desde esta perspectiva, la teoría más genuinamente marxista, defendida por Marcuse, no se identifica con ninguna realidad socio-político-económica del momento presente (H. Marcuse 1968a, p. 274). Aún más, la teoría crítica pondrá de relieve la transformación y manipulación de que ha sido objeto. Y esto se hace posible porque *"el marxismo no es un "sistema ideológico cerrado". Su objetividad o su universalidad son las de la historia, en la que él es una fuerza activa y en la que se transforma sin renunciar a su base conceptual. Su base es el análisis dialéctico del proceso histórico, del que se infiere la necesidad —no la "natural"— de transformar la sociedad"* (H. Marcuse 1976, p. 57).

Así, pues, la metodología dialéctica en manos de Marcuse recobra la vitalidad crítica que la había caracterizado desde el principio. La *teoría crítica* se revuelve contra aquellas fuerzas que la han encorsetado, bajo el pretexto de estar en la vía más fiel al socialismo, denunciando sus intereses inconfesados, su ideologización, su manipulación, su deformación en el uso de la dialéctica, su dogmatismo, su represión autoritaria, su consolidación de nuevas castas burocráticas, en último término, denunciando sus más diversas contradicciones derivadas de su enquistamiento y paralización teóricos. La teoría crítica se manifiesta de nuevo como lo que fue en un principio: el guardián y vigía de la liberación. Así lo entiende Marcuse cuando afirma que *"la teoría preservará a la verdad, aun si la práctica revolucionaria se desvía del camino recto. La práctica sigue a la verdad y no viceversa. Este absolutismo de la verdad completa la herencia filosófica de la teoría marxista y separa, de una vez por todas, la teoría dialéctica de todas las formas subsiguientes de positivismo y relativismo"* (H. Marcuse 1972, p. 314). Sin más preámbulos acerquémonos, con H. Marcuse, hasta el "corazón" mismo de la sociedad "socialista" soviética ⁴.

(4) La crítica de Marcuse sobre las sociedades avanzadas está presente en todas sus obras. Ahora bien, hay dos obras que se han convertido en la máxima representación del pensamiento de Marcuse respecto a la sociedad capitalista superdesarrollada (*El hombre unidimensional*), y la sociedad socialista soviética (*El marxismo soviético*).

Para Marcuse la clarificación de las contradicciones, que laten en la actualidad dentro de la sociedad soviética, exigen una mirada retrospectiva hacia aquellos momentos más significativos de la implantación, consolidación y desarrollo de su sistema. En este sentido, un momento de relevancia capital es el que afecta al paso o transición del sistema capitalista al sistema socialista. El gran protagonista, según Karl Marx, en el momento de transición a una etapa superior de civilización, es el proletariado. Tal coincidencia no es consecuencia de una elección arbitraria, sino de la derivación de leyes intrínsecas del desarrollo capitalista. *"Según Marx... la revolución proletaria suprime, con la liquidación de todas las clases, al proletariado en cuanto clase, creando con ello un nuevo agente de progreso: la comunidad de hombres libres que organizan su sociedad de forma que la posibilidad de una existencia humana queda abierta para todos sus miembros. Pero el desarrollo real del capitalismo hace surgir otro modo de superar la coincidencia histórica: a través de un cambio fundamental en las relaciones entre las dos clases en conflicto, mediante el cual el proletariado deja de actuar como clase revolucionaria. La aparición de esta alternativa constituye quizás el factor más decisivo en el desarrollo del marxismo soviético"* (H. Marcuse 1969b, p. 23). Veamos cual de las dos posibilidades ha tenido más éxito.

La revitalización de la sociedad capitalista de finales del siglo XIX y principios del XX trae consigo el incremento económico de las clases trabajadoras, al mismo tiempo que se produce un esfuerzo teórico por adaptar la teoría marxista a la nueva situación. Surgen dos grandes teorías interpretativas en abierta oposición: la "reformista" representada por Bernstein y la "ortodoxa" representada en su formulación más extrema por Lenin.

Según la teoría reformista, la clase obrera podía continuar mejorando su situación económica y política hasta arribar, por medios legales y democráticos, al socialismo. El movimiento obrero organizado, a través de la progresiva influencia en el campo de la economía y la política, estaba avocado, sin necesidad de saltos abruptos, a alcanzar la patria socialista.

En clara contraposición a la teoría reformista se levanta la interpretación ortodoxa de Lenin. La aparición del leninismo como una nueva forma del marxismo está determinada fundamentalmente por dos factores:

- a) La inclusión del campesinado en la órbita de la teoría y estrategias marxistas.
- b) El esfuerzo en definir la nueva situación del capitalismo después de la muerte de Marx, subrayando las nuevas perspectivas del desarrollo capitalista y del cambio revolucionario.

La persistente influencia del reformismo en los países capitalistas más desarrollados impulsan a Lenin a un nuevo desplazamiento estratégico hacia los países más pobres por considerar que los sectores más débiles del capitalismo ofrecían más garantías de éxito al cambio revolucionario. Todo el pensamiento leninista rebosa de la convicción de que *"la cadena capitalista debería ser rota por su "eslabón más débil"* (H. Marcuse 1969b, p. 35). La Revolución de Octubre es al mismo tiempo la revolución de obreros y campesinos. La conjunción de estos dos estratos, en la órbita teórico-práctica del proletariado como sujeto de la revolución y el triunfo e implanta-

ción del socialismo en la URSS bajo la batuta de Lenin, van a dejar establecidos potencialmente muchas de las contradicciones que se manifestarán más tarde dentro de dicha sociedad.

Ante la presión de la postura reformista que iba tomando consistencia progresivamente inclinándose por la vía del abandono revolucionario y la adopción del reformismo burgués, la estrategia leninista se polariza a crear un frente que recoja los intereses auténticos del proletariado, al tiempo que se considera la conciencia más fiel de dicha clase. De esta forma, se echan las bases del partido leninista, al tiempo que se rechaza la reivindicación y reforma socialdemócrata y sindical. Lenin se ve obligado a contar con el proletariado ruso, pero no por ello deja de reconocer su retraso. Este retraso exigía el control y la dirección del partido para no dejar a las masas a la intemperie de la espontaneidad.

La praxis soviética adoptó, en los más diversos niveles (económico, político, social, etc.), formas cada vez más centralizadas. El afianzamiento del partido y la conciencia de ser el gran protagonista de la revolución arrincona progresivamente al proletariado hasta convertirlo en un agente pasivo. A partir de 1923 ya sólo existen en el horizonte del "socialismo" soviético las voces autorizadas de los dirigentes del partido burocratizados. Ellos son los únicos intérpretes del proceso histórico, los grandes especialistas de la estrategia revolucionaria. El partido autoritario centralizado estaba fuertemente consolidado para la posterior dictadura personal de Stalin. La teoría leninista se convierte en una mística por la presión de los acontecimientos como el fracaso de la revolución en Europa, la recuperación progresiva del capitalismo a nivel mundial o el cerco capitalista internacional a la URSS por su empeño en implantar el socialismo en un sólo país.

El partido orienta todas las energías físicas y psíquicas de la población a la industrialización rápida antes que a la consecución de una auténtica revolución socialista de la sociedad. La eficiencia de este objetivo lleva a la instauración de un estado fuerte y poderoso capaz de hacer frente a las presiones del exterior y al caos interior. La fase y el fervor heroico de la liberación revolucionaria había terminado. El proletariado se ve envuelto en una nueva lógica de explotación bajo el pretexto de la productividad. La racionalidad productiva y tecnológica del principio de realidad, que había regido las sociedades capitalistas, termina imponiéndose, ganando, por consiguiente, la contrapartida a la racionalidad de la liberación.

El objetivo primordial de la Unión Soviética es alcanzar e incluso sobrepasar industrial y tecnológicamente a los países capitalistas más desarrollados. Ahora bien, una de las peculiaridades más significativas del capitalismo desarrollado es la perpetuación de la sumisión del hombre al trabajo socialmente necesario pero con el agravante de ser individualmente opresivo. En estas circunstancias, *"el progreso técnico equivale realmente al progreso de la dominación"* (H. Marcuse 1969 b, p. 89). En la Unión Soviética, Marcuse detecta la misma tendencia: *"la nacionalización y centralización del aparato industrial van acompañadas por la servidumbre del trabajo; el progreso de la industrialización, las exigencias de la máquina y la organización científica del trabajo revisten un carácter totalitario e impregnan todos los aspectos de la existencia. La perfección tecnológica del aparato productivo domina conjun-*

tamente a los dirigentes y a los dirigidos, si bien mantiene la distinción entre ambos. La autonomía y la espontaneidad son confinados al puro nivel de la eficacia y de la ejecución dentro del modelo establecido. El esfuerzo intelectual se convierte en asunto de ingenieros, especialistas y agentes. La vida privada y el ocio sirven como descanso del trabajo y como preparación para el mismo, de conformidad con las exigencias del aparato productivo. Disentir es no sólo realizar un delito político sino también cometer una estupidez técnica, un sabotaje, dar un mal tratamiento a la máquina. La razón no es sino la racionalidad del conjunto: el funcionamiento y el crecimiento ininterrumpidos del aparato productivo. La armonía entre interés individual y entre interés general, entre necesidad humana y necesidad social, queda dentro del ámbito de las simples promesas" (H. Marcuse 1969 b, pp. 89-90).

Muy distinta es, sin embargo, la autointerpretación que hace de la racionalidad el marxismo soviético. Según esta interpretación la Revolución de Octubre ha roto las antiguas relaciones de producción ocasionando, como consecuencia, la eliminación del conflicto entre individuo y sociedad, entre interés particular e interés general. Por tanto, la razón ya no aparece escindida en manifestaciones subjetivas y objetivas. La razón ya no es antagónica de la realidad. La razón tiene un feliz cumplimiento de realización dentro de la sociedad. Esta sociedad, considerada por los técnicos marxistas soviéticos como socialista, no deja ningún hueco crítico a la razón subjetiva, ya que la sociedad socialista se constituye en el valor supremo de toda verdad en el que sujeto y objeto quedan armónicamente conciliados. La escisión de la razón subjetiva y objetiva es propio de la sociedad clasista pero no de la sociedad socialista que sobrepasó ese estadio anómalo.

Marcuse discrepa abiertamente con esta interpretación: "Sin duda, y al margen de la validez del marxismo soviético y de la equiparación entre Estado soviético y sociedad racional libre, esta noción de la "realización de la Razón" es, en sí misma, una ideología. Como quiera que en la realidad los intereses individuales son todavía antagónicos respecto a los intereses del conjunto, y como quiera que nacionalización no equivale a socialización, la racionalidad del realismo soviético se nos muestra como manifiestamente irracional, como conformidad terrorista impuesta por el aparato económico y político" (H. Marcuse 1969b, p. 91).

Las proposiciones básicas del marxismo soviético están orientadas más funcionalmente en el sentido de polarizar las conductas según las exigencias requeridas por el sistema que el seguimiento desinteresado de clarificación veritativa. Desde esta perspectiva, el lenguaje cae en la órbita del pragmatismo. El lenguaje se cierra progresivamente hasta quedar reducido a un número determinado de frases hechas, preestablecidas, que contienen y revisten todos los caracteres de un ritual mágico en orden a conseguir la conducta deseada por los controladores del aparato. La teoría marxista es deformada bajo la presión de la manipulación ritual y transformada a mera ideología carente de su significado crítico y antagónico frente a la sociedad establecida. "Si ideas tales como libertad y razón humanas o autonomía individual de pensamiento no se conciben ya en su aspecto de reivindicaciones todavía insatisfechas sino como material rutinario para uso de periodistas, políticos, animadores y publicistas que las traicionan a diario en su preocupación por perpetuar el statu quo, los

contenidos progresistas de la ideología son despojados de su función trascendente y quedan transformados en estereotipos de una conducta deseada"

(H. Marcuse 1969b, p. 97)

Más allá de la auto-interpretación unilateral y no exenta de racionalización e ideologización que ofrece el marxismo soviético, Marcuse contrapone una versión que se ensombrece más y más en la medida que va ahondando sobre los puntales más firmes que se sustenta dicha sociedad. De estos puntales el Estado soviético es, sin lugar a dudas, uno de los más firmes e infranqueables. Al abordar este ámbito, Marcuse, una vez más subraya la distancia existente entre la concepción sobre el Estado socialista de Marx, la interpretación que hace Lenin del mismo, y la función de hecho del Estado en la Unión Soviética. El Estado a nivel de definición teórica, *"es el proletariado constituido como clase dirigente"* (H. Marcuse 1969b, p. 108). A nivel de realidad concreta y como contraste con la concepción teórica, *"el Estado soviético —dice Marcuse— ejerce plenamente sus funciones políticas y gubernamentales contra el propio proletariado; la dominación continua siendo una función especializada dentro de la división del trabajo, y constituye como tal el monopolio de una burocracia política, económica y militar. Esta función se perpetua mediante la organización autoritaria centralizada del proceso productivo, dirigida por grupos que determinan las necesidades de la sociedad (el producto social y su distribución) sin control por parte de los gobernados"* (H. Marcuse 1969b, p. 109).

Marcuse resalta la incongruencia de un Estado que se autodenomina socialista y envuelve en su seno una estructura monolítica quebrada por el peso de dos extremos sociales contrapuestos: los administradores y administrados. El proletariado supeditado a las directrices de la casta burotecnocrática deja de ejercer el control sobre el proceso productivo. Esta función se convierte en una cuestión de exclusiva competencia de la élite detentadora del poder. Ella es la que programa y modela el desarrollo del Estado socialista soviético. En verdad, para Marcuse, el Estado soviético no sobrepasa las acotaciones que Engels describió sobre la sociedad clasista. Es decir, las funciones sociales comunes conllevan siempre una nueva "rama de la división del trabajo", ocasionando como consecuencia intereses propios, en este caso, intereses particulares alejados de los del resto de la población. El Estado soviético es, como los estados de las esferas capitalistas, un poder reificado e hipostasiado. La institucionalización del Estado al servicio de la revolución programada desde arriba tomó consistencia en el primer Plan Quinquenal. Este momento fue decisivo para el desarrollo posterior del marxismo soviético. La organización centralizada de la producción es impuesta autoritariamente sobre la población. Marcuse, siguiendo la trayectoria del marxismo soviético, anota que *"en la cuestión del desarrollo del Estado son factores decisivos no sólo los privilegios de la burocracia gubernamental, su fuerza numérica y su carácter de casta, sino también el fundamento y el alcance de su poder. La burocracia, tiene evidentemente, un interés vital en el mantenimiento y reforzamiento de su posición privilegiada; y también es evidente la existencia de conflictos entre los diferentes grupos que componen la burocracia"* (H. Marcuse 1969b, pp. 110-111). Así, el Estado soviético, según el estudio que hace Marcuse del mismo, deja de ser un ente abstracto para impregnarse de los más diversos intereses y con-

tradiciones. Una fiel semblanza del Estado socialista soviético es impensable hoy sin ese bloque que tiene el privilegio de los grandes controles en las distintas ramas del sistema: gobierno, partido, fuerzas armadas y administración. Por todo ello, el Estado soviético no es el proletariado constituido en clase dirigente. Si según la teoría más genuinamente marxista, el Estado pertenece y queda bajo el regazo de la superestructura ⁵ en tanto que no es el reflejo político directo de las relaciones básicas de la producción por obtener otros elementos que hacen posible el carácter clasista de dichas relaciones, entonces hemos de concluir, a la luz de lo dicho, que el Estado soviético no está anclado en la base sino en la superestructura. El Estado soviético, en tanto no de un giro en las relaciones de las fuerzas productivas, seguirá siendo el Estado de la clase dominante. Es decir, el Estado como guardián de la "ley y el orden" ejercidos desde arriba.

Sólo teniendo en cuenta las contradicciones señaladas puede entenderse la manipulación y deformación de que ha sido objeto la dialéctica ⁶. Tal vez no haya nada más revelador del estado actual del marxismo soviético que su tratamiento de la dialéctica. El marxismo soviético cree estar inmerso, según la *lógica dialéctica* adoptada, en un proceso revolucionario. Aún más, frente a los métodos de análisis burgueses, la Unión Soviética contrapone la dialéctica como método rector propio de un país que se jacta de estar en la vía más segura del socialismo. Sin embargo, muy distinta es la interpretación de Marcuse. Para éste, "*el marxismo soviético ha adaptado y bloqueado la dialéctica en provecho de la justificación y protección ideológicas de un régimen que, según la lógica dialéctica, no es sino un estadio destinado a ser superado por la evolución histórica*" (H. Marcuse 1969b, p. 140). La interpretación que da el marxismo soviético de la dialéctica conduce a la destrucción misma de la dialéctica. La dialéctica en manos de los ideólogos soviéticos pierde todo su poder crítico para convertirse en un instrumento petrificado más apto a la defensa que a la denuncia. La dialéctica llega a formar parte de un aparato doctrinario muy a la medida del sistema.

Nada más opuesto a la dialéctica elaborada por Marx que la dialéctica defendida por el Estado soviético. Marx concibió su dialéctica como un instrumento conceptual orientado a la comprensión y clarificación de la sociedad intrínsecamente antagónica. La dialéctica tenía la difícil misión de reproducir teórica y prácticamente

(5) "La superestructura está integrada por el sistema de instituciones administrativas, jurídicas y culturales, y por la ideología oficial promulgada por tales instituciones y transmitida a los diferentes campos de la vida pública y privada" H. Marcuse: *El marxismo soviético*. Alianza ed., Madrid 1969, p. 127.

(6) El tema de la dialéctica es uno de los más controvertidos aún dentro de los críticos marxistas. Pueden reconocerse dos grandes bloques de interpretación: Los que reconocen valor sólo al materialismo histórico de Marx y los que se inclinan a aceptar también el materialismo dialéctico de Engels. En el primer sentido podemos significar a Lukács, Bloch, Horkheimer, Fromm, Adorno, Habermas, Schmidt, Sartre, etc. En el segundo sentido, Lefebvre, Havemann, Garaudy, Geimonat, Althusser, Gustavo Bueno, etc.

la esencia de la realidad. Esto lleva a Marx a una ruptura con las categorías clásicas que ocultaban más que revelaban la realidad a fin de posibilitar una nueva forma de comprensión menos fragmentaria y más totalizadora. La teoría más genuinamente marxista es fundamentalmente histórica. Toda generalización ahistórica es incompatible con la dialéctica. Sin embargo, como veremos, la dialéctica de la Unión Soviética adopta, hasta el límite mismo de la confusión, la especulación abstracta y "metafísica", que tanto había combatido el propio Marx. El primer paso en este sentido fue dado desafortunadamente por Engels en la obra que no alcanzó a ver publicada, la *Dialéctica de la naturaleza*. En esta obra Engels define la dialéctica como la ciencia de las leyes generales del mundo natural y del conocimiento (H. Marcuse 1969b, p. 146). Desde ese marco de abstracción, Engels establece una serie de hipótesis, leyes y principios que están muy lejos de la concreción de análisis histórico que había establecido Marx en su dialéctica (Cf. A. Schmidt 1977, pp. 47-71).

El marxismo soviético ha seguido más el pensamiento de Engels, expuesto en la *Dialéctica de la naturaleza*, que la dialéctica de Marx. La obra de Stalin, *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, es la más viva y fiel expresión de las proposiciones de Engels en su *Dialéctica de la naturaleza*. De ahí que Marcuse rechace esta deformación por considerar que "en términos de la dialéctica de Hegel y de la de Marx, tales principios no son ni verdaderos ni falsos: son cáscaras vacías" (H. Marcuse 1969b, p. 147). El marxismo soviético inclina la dialéctica de la historia a la naturaleza, de instancias dinámicas a instancias estáticas y pasivas.

Para Marcuse la pretendida dialéctica de la naturaleza no tiene consistencia dentro de la concepción dialéctica de Marx. El *materialismo histórico* de Marx incluye ya a la naturaleza en el sentido de que ella está en estrecha interacción con el hombre en su desarrollo histórico. El estudio de la naturaleza, independientemente de las relaciones históricas, como es corriente dentro de las ciencias naturales, queda fuera del dominio de la dialéctica. El desdoblamiento de la dialéctica en materialismo dialéctico (estudio de la naturaleza) y materialismo histórico (estudio de la sociedad y la historia) no hubiera tenido sentido para Marx, ya que materialismo dialéctico era sinónimo de materialismo histórico. "En el marxismo soviético, el materialismo histórico se transforma en una rama particular del sistema científico y filosófico general del marxismo, el cual, codificado en una ideología e interpretado por los funcionarios del Partido, justifica la práctica política. La historia, que en la teoría marxista constituye la dimensión determinante y revalidadora de la dialéctica, es en el marxismo soviético un campo especial en el que se abren paso leyes tanto históricas como suprahistóricas. Las últimas, clasificadas en un sistema de proposiciones, son presentadas como las fuerzas que determinan, en última instancia, tanto la historia como la naturaleza. El proceso dialéctico, así interpretado, ya no es, en sentido estricto, un proceso histórico, sino más bien una reificación de la historia, la cual queda convertida en una segunda naturaleza. El desarrollo soviético adquiere, con ello, la dignidad de las leyes naturales objetivas por las que presuntamente se rige" (H. Marcuse 1969b, pp. 148-149). Si comparamos la teoría filosófica dialéctica de Marx y Lukács con la interpretación marxista soviética respecto al factor subjetivo y objetivo de la revolución, veremos como la interpretación soviética contiene dentro de su

seno una difusa mezcolanza de determinismo y voluntarismo no muy acorde con la claridad que proporcionaron los grandes maestros de la dialéctica. Más por otra parte se hace comprensible una vez desplazado de su papel preponderante el proletariado (factor subjetivo) por el partido y encaminada la revolución en la pretendida vía socialista. En unas circunstancias, como las que hemos señalado, en que tanto el factor subjetivo como objetivo son desplazados y deformados ya no queda lugar para otra cosa que la contradicción y la confusión.

Hasta ahora no hemos hecho más que enumerar las bases sobre las que está montada la sociedad soviética: el Estado, el partido, las castas burocráticas, el proletariado, el desarrollo tecnológico, el socialismo, la dialéctica, etc. El concepto que mejor define esta situación es la *contradicción*. Muy lejos queda esta sociedad de ofrecer una síntesis armoniosa de los términos señalados. Supuesto este estado anómalo, nos preguntamos con Marcuse por la posibilidad de un cambio cualitativo dentro de dicha sociedad. O mejor, si nos atenemos a las fuerzas básicas configurantes de la Unión Soviética del momento presente, ¿permite aventurar el salto a la creación de una sociedad nueva? o por decirlo en la misma terminología marxista: ¿contiene la sociedad soviética el potencial necesario para la transición del socialismo al comunismo? Marcuse se niega a sacar conclusiones respecto al problema que se plantea. Sin embargo, da muestras de creer muy poco en la posibilidad de un cambio revolucionario teniendo en cuenta las transformaciones actualmente en curso.

Las castas burocráticas están fuertemente consolidadas. Los controles a través del terror impuestos por Stalin y el aparato burocrático son sustituidos por otros menos grotescos. Es decir, la manipulación y el control terrorista desde el exterior se transforman en manipulación y control internos a través de la operatividad de la racionalidad tecnológica. Es sorprendente la afinidad de los dos sistemas (capitalista y socialista) en la adopción y utilización del potencial tecnológico como instrumento de dominación. La fusión de los controles económicos, culturales y políticos constituyen un fenómeno internacional que está por encima de las diferentes instituciones. En cuanto a la Unión Soviética, *"no existe perspectiva alguna de que esa utilización del progreso técnico como instrumento de dominación, esa fusión de los controles económico y político en el marco de un Estado que se autoperpetúa vayan a desaparecer, ya que tienen su fundamento tanto en la economía soviética, nacionalizada pero no socializada, como en la situación internacional de la industria en gran escala. La estructura del Estado puede permitir muchos cambios en el seno de la administración: la dirección superior puede pasar de un grupo a otro, del predominio del Partido al del Ejército, de la "dirección colegiada" a la personal, etc. Sin embargo, estos cambios no alterarán sensiblemente los fundamentos de la sociedad soviética, ni la dirección básica en la que esta sociedad se mueve. A menos que se produjera otra guerra mundial o una catástrofe similar que transformara la situación, la dirección se orientará hacia la consecución de un Estado del bienestar"* (H. Marcuse 1969b, pp. 195-196).

En una sociedad que los gobernados carecen de un instrumento conceptual como el marxismo crítico para comprender su situación enajenada, estos quedan expuestos en óptimas condiciones para reproducir en ellos mismos la represión. Las

ventajas, el confort, las actitudes en el trabajo y en el ocio que la organización de la producción y la distribución exige revierten sobre un tipo de sociedad global capaz de transformar la libertad en seguridad y la lucha por la liberación en una servidumbre más o menos confortable. Indudablemente este resultado ahogaría el desarrollo de la acción política "negativa", revolucionaria, ocasionando un cambio significativo en la política en la que el "espíritu" predominante de la sociedad (que es siempre el del sistema) determinaría la dirección de la evolución social. Y este proceso afecta en igual medida a la sociedad socialista como a la capitalista. En último término, ambas sociedades luchan contra una sociedad que posee en su seno los instrumentos necesarios que posibilitarían la entronización de una vida totalmente distinta. "Esta inevitable interdependencia de los dos únicos sistemas sociales "soberanos" en el mundo contemporáneo expresa el hecho de que el conflicto entre el progreso y la política, entre el hombre y sus dominadores se ha hecho total. Cuando el capitalismo enfrenta el reto del comunismo, enfrenta sus propias capacidades: un espectacular desarrollo de todas sus fuerzas productivas posterior a la subordinación de todos los intereses privados de lucro que detienen tal desarrollo. Cuando el comunismo enfrenta el reto del capitalismo, también enfrenta sus propias capacidades: comodidades espectaculares, libertades y eliminación de la carga de la vida. Ambos sistemas tienen estas capacidades distorsionadas más allá del reconocimiento, y, en ambos casos, la razón en último análisis es la misma: la lucha contra una forma de vida que disolvería la base de su dominación" (H. Marcuse 1968a, p. 76).

CITAS BIBLIOGRAFICAS

- HABERMAS, J. y otros: *Respuestas a Marcuse*. Ed. Anagrama, Barcelona 1969.
- MARCUSE, H.: *El hombre unidimensional*. Joaquín Mortiz ed., México ³1968a.
- MARCUSE, H.: *Eros y civilización*. Ed. Seix Barral Barcelona 1968b.
- MARCUSE, H.: *Un ensayo sobre la liberación*. Joaquín Mortiz ed., México 1969a.
- MARCUSE, H.: *El marxismo soviético*. Alianza Ed., Madrid 1969b.
- MARCUSE, H.: *La sociedad carnívora*. Ed. Galerna, Buenos Aires 1969c.
- MARCUSE, H.: *Discusión con los marxistas*. Ed. Proceso, Buenos Aires 1970.
- MARCUSE, H. y otros: *Humanismo socialista*. Ed. Paidós, Buenos Aires 1971.
- MARCUSE, H.: *Razón y revolución*. Alianza Ed., Madrid ²1972.
- MARCUSE, H.: *Contrarrevolución y revuelta*. Joaquín Mortiz ed., México 1973.
- MARCUSE, H.: *Libertad y agresión en la sociedad tecnológica*, en *La sociedad Industrial contemporánea*. Ed. Siglo XXI, México ⁹1975a.
- MARCUSE, H.: *Reexamen del concepto de revolución*, en *Marcuse ante sus críticos*. Ed. Grijalbo, Barcelona 1975b.

- MARCUSE, H.: *Revolución o reforma*, en *A la búsqueda del sentido*. Ed. Sígueme, Salamanca 1976a.
- MARCUSE, H.: *Calas en nuestro tiempo*. Icaria Ed., Barcelona 1976b.
- MARCUSE, H.: *Ética de la revolución*. Ed. Taurus, Madrid 1977.
- MASSET, P.: *El pensamiento de Marcuse*. Amorrortu Ed., Buenos Aires 1972.
- PALMIER, J.M.: *En torno a Marcuse*. Guadiana de Publicaciones, Madrid 1969.
- PERLINI, T.: *Marcuse*. Ed. Doncel, Madrid 1976.
- PERROUX, F.: *Perroux interroga a Marcuse*. Ed. Nova Terra, Barcelona 1970.
- RUSCONI, G.E.: *Teoría crítica de la sociedad*. Martínez Roca ed., Barcelona 1969.
- SCHMIDT, A.: *El concepto de naturaleza en Marx*. Ed. Siglo XXI, Madrid 21977.
- VERGEZ, A.: *Marcuse*. Ed. Paidós, Buenos Aires 1973.
- WALTON, P. y GAMBLE: *Problemas del marxismo contemporáneo*. Ed. Grijalbo, Barcelona 1977.
- ZIMA, P.V.: *La Escuela de Frankfurt*. Galba Ed., Barcelona 1976.